

LA IGLESIA EN LA BUSQUEDA DE LA PAZ

LA PAZ DE CRISTO EN EL REINO DE CRISTO (1)
(12-V-1934)

Una vez más los católicos del mundo celebran la fiesta de Su Santidad, fiesta que habla a los creyentes de las raíces seculares de su fe, y que invita al no creyente a contemplar este edificio espiritual de la Iglesia, incólume a pesar de los siglos y de los combates de los hombres. Espectáculo sublime es éste en que millares de voces de todos los ámbitos del orbe lanzan hacia Roma la expresión de un mismo Credo, de una misma obediencia, de una misma caridad y de una misma esperanza.

Y Roma nos hace escuchar esa armonía universal, que entre los ruidos ensordecedores de las pasiones desencadenadas sobre el mundo, brota potente de la Sede de Pedro; que eso significa el programa de renovación espiritual de Pío XI.

La misión providencial que el cielo encomienda al actual Pontífice es la de señalar a nuestro mundo desquiciado los caminos de la unidad, estableciendo en las sociedades la paz que refleja la armonía de los cielos. Porque el mundo suspira por esa paz perdida: en la base de los más encontrados sistemas y en el secreto de todas las modernas inquietudes, flota el ansia de esa armonía social en que se vea realizada la frase del Salmista: *Justitia et pax osculatae sunt*. (2).

Pero la armonía requiere una regla, la composición musical un maestro. Y la sociedad humana, con tan variadas partes, con tan vivos contrastes, con tantas disonancias extrañas, sólo puede ser dirigida por un maestro que tenga el verbo de vida, que represente un principio capaz de producir esa unidad de espíritus y voluntades: ese maestro, en nuestros días, es el Papa Pío XI.

Tal es la misión del Pontífice actual, que desde su ascensión a la Silla Apostólica apareció como el hombre que encauzaría al mundo por los senderos de la paz verdadera.

Cuando después de la gran guerra se buscaba esa paz que más que nunca se alejaba de los horizontes, cuando de las cenizas se alzaba un nuevo fuego de odio en los espíritus, cuando los instintos combatían contra la justicia y la caridad, fundamento único del orden social, el mundo pudo escuchar la primera encíclica de S. S. Pío XI, en la que como lema de reconstrucción se alzaba el "*Pax Xti in regno Xti*", la paz de Cristo en el reino de Cristo.

Pocas veces quizás había aparecido un programa más lejano de las actuales posibilidades humanas y pocas, muy pocas veces, en ejecutar un programa de gobierno se empleaba un caudal más grande de fe y constancia.

Para lograr que el mundo encontrara la armonía echaba S. S. Pío XI desde el primer instante sobre sus hombros ese vastísimo programa que tiene por mira el sublime ideal de atraer y unir al género humano en la Iglesia Católica, para que todos participen en Ella de la paz de Cristo en el reino de Cristo; programa que debe realizarse mediante la expansión por obra de las misiones, del reino divino entre los fieles sentados a la sombra de la muerte, a cuya empresa llama con su *Rerum Ecclesiae* (3) a

(1) *Revista Católica*, p. 241-245.

(2) Tr.: "la justicia y la paz se han dado un ósculo", *Sl.* 84, 11.

(3) *Rerum Ecclesiae*: Encíclica sobre las misiones católicas, del 28-II-1926, de Pío XI.

todos los que han recibido el don divino de la fe; por el retorno de las Iglesias separadas del seno materno de Roma, a las cuales invita con su *Mortalium Animus* (4), y por el perfeccionamiento de los fieles en virtud de la expiación debida al Corazón Santísimo de Jesús a lo cual urge con su abrasada encíclica *Miserentissimus Redemptor*. (5). Programa que como medio de realización tiene la sana doctrina unida a la santidad de la vida, el ministerio sacerdotal ejercitado con evangélica dulzura, que los centenarios de Francisco de Sales, Agustín y Francisco de Asís le dan ocasión de recordar la acción católica enérgica y continua animada de caridad divina y el espíritu de sacrificio sellado con el martirio como testimonio supremo de la fe. Programa absoluto que para difundirse exige en los numerosos Concordatos firmados, libertad para la misión divina del sacerdocio y condescendencia disciplinar, unida a la firmeza de principios para la pacificación de los ánimos. Programa sublime que se corona por la solemne proclamación de la dignidad real de Jesucristo, litúrgicamente conmemorada cada año para que esa pedagogía sobrenatural del culto divino, enseñe a recordarlo y adorarlo prácticamente como Rey de reyes y Señor de señores.

Y a este programa que brota de sus Encíclicas y discursos, se consagra Pío XI con todo el rigor de su potente inteligencia, de su cultivado espíritu, de su férrea voluntad, de su caudal inagotable.

Pax Xti. in regno Xti.

Pero es inútil buscar la paz cuando no se ponen las bases y condiciones de la moral cristiana: *el reino de Cristo*. Todo el Pontificado de S. S. Pío XI está inspirado en el establecimiento de ese reino. Cada palabra, cada gesto, cada acto de su supremo magisterio lleva el sello de este pensamiento: *Oportet Illum regnare*. Es necesario que El reine.

Sólo en ese reino se encuentra la paz y la armonía, anheladas.

Reino de Cristo en las almas, anuncia el Pontífice, y, siguiendo el ejemplo de sus predecesores, las lleva con la Bula *Divini Cultus Sanctitatem* (6) a beber en las aguas eternas de la sagrada liturgia de su Iglesia; las conduce con su Encíclica *Miserentissimus* al Corazón adorable del Maestro; las anima con los ejemplos de los santos que eleva a los altares, las acerca a la Santa Eucaristía con los Congresos Internacionales que organiza y hace que por todo el Cuerpo de la Iglesia vibre potente el espíritu evangélico y produzca los frutos de perfección y santidad que evidencien la indefectible fecundidad espiritual de la mística esposa de Cristo.

El hombre moderno, en el ansia loca de poseer y gozar, ha perdido su armonía interior para no llegar a ser sino "un lobo aullando de desesperación hacia el infinito"; Pío XI con el mismo gesto del Maestro le restituye su armonía interior, repitiéndole en una invitación constante a la vida sobrenatural, las bienaventuranzas de la montaña bendita.

Reino de Cristo en las inteligencias, anuncia el Pontífice heredero de la sabiduría de León XIII, y en su *Studiorum Ducem* (7) lleva las mentes al límpido manantial de Tomás de Aquino; hace surgir con su actividad prodigiosa Ateneos, Seminarios, Academias e Institutos de Cultura Superior y en la sede de Ambrosio y Borromeo, en su Milán amada, levanta esa Univer-

(4) *Mortalium animos*: Encíclica sobre la unidad entre los cristianos, del 6-I-1928, de Pío XI.

(5) *Miserentissimus Redemptor*: Encíclica sobre la expiación al Sdo. Corazón, del 8-V-1928, de Pío XI.

(6) *Divini cultus sanctitatem*: Constitución Apostólica sobre la música sacra, del 20-XII-1928, de Pío XI.

(7) *Studiorum ducem*: Encíclica sobre el valor de las doctrinas de Sto. Tomás, del 29-VI-1923, de Pío XI.

sidad que irradia ya sobre Italia y Europa salvando para la cultura en medio de la profunda crisis universitaria de hoy día, el concepto clásico de esa "Universitas Studiorum" (8) que dio a la inteligencia su unidad y cuya pérdida llora con lágrimas de sangre el mundo moderno extraviado en la enorme anarquía intelectual de nuestro siglo.

Una vez más en Pío XI, la Iglesia ha cumplido su destino: mientras realiza su obra de redención sobrenatural, salva y custodia de las fuerzas que disgregan y destruyen al hombre, las manifestaciones más altas de la civilización humana.

Reino de Cristo en la educación de la juventud, anuncia el Pontífice; y en sus discursos primero, en su Encíclica *Reppresentanti* (9) después, hace que la armonía pedagógica rija las normas de la verdadera cultura, continúa la lucha de Pío VII y Pío IX contra la laicización de la escuela, recoge la educación intelectual de León XIII, la sobrenatural de Pío X, la social y organizadora de Benedicto XV y funde en su programa donde ninguna parte de la educación es olvidada, donde ninguna se excede, donde todas guardan la jerarquía debida, la piedad y la cultura, la preparación individual y la preparación social, en forma tan completa y armónica, que realiza plenamente el ideal humanístico en su aspecto más cristiano.

Reino de Cristo en la familia, anuncia el Pontífice: y en medio de la terrible crisis del hogar que padecemos, sienta en su Encíclica *Casti Conubii* (10) los inmortales preceptos de armonía familiar de la Iglesia, difunde la santidad del matrimonio, la unidad e indisolubilidad del sagrado vínculo, el derecho del no nacido, la propagación de la especie humana, condenando con energía las insidias disfrazadas a veces, abiertas otras, con las cuales se pretende destruir hoy el centro vital de la sociedad, donde las grandes virtudes cívicas y morales se engendran, donde forjan los pueblos sus altos destinos y las naciones encuentran su duradera grandeza.

Reino de Cristo en las sociedades, divididas por lucha de clases, donde las injusticias y egoísmos se entrechocan con los odios y codicias; Reino de Cristo anuncia el Pontífice en su *Quadragesimo Anno*, (11) eco glorioso de una tradición milenaria al servicio de los humildes que, renovando las enseñanzas de León XIII, muestra la necesidad de implantar esa justicia social animada, por la caridad cristiana, donde únicamente encontrarán los hombres la armonía que anhelan.

Las mil soluciones humanas al problema social que al esfumarse unas tras otras dejaron en el corazón el amargor de un desencanto y el abatimiento de una nueva desilusión, convencerán al mundo, después de sangrienta experiencia que, sólo entre los brazos de la Cruz de Cristo de donde nacen la justicia y caridad que Pío XI enseña, encontrarán los hombres el abrazo de paz definitivo entre ricos y pobres, el signo de alianza estable entre grandes y pequeños.

Reino de Cristo anuncia el Pontífice para restaurar la armonía, advierte a los que mal lo interpretan que no encierra ese reinado miras terrenas o afán de ambiciosas conquistas, sino ante todo la renovación del mundo al valor de las enseñanzas de Jesús.

Reino de Cristo significa volver a traer al mundo la ley de la armonía social para unir las naciones y clases, que luchan en despiadada guerra,

(8) "Universitas Studiorum": universalidad de los estudios, expresión de su carácter unitario y de la mutua relación entre ellos.

(9) *Reppresentanti*:

(10) *Casti Conubii*: Encíclica sobre el matrimonio cristiano, del 31-XII-1930, de Pío XI.

(11) *Quadragesimo Anno*: Encíclica sobre la cuestión social, del 15-V-1931, de Pío XI.

en esa paz, que, al decir de S. Agustín, es la tranquilidad en el orden, establecer entre las relaciones humanas esa justicia social desbordante de caridad que impide de igual modo el abuso de los de arriba y el odio en los de abajo, hacer que la Sociedad sea esa gran familia donde los hombres unidos como hermanos bajo la dulce paternidad de Cristo alcancen su desarrollo en el tiempo y su supremo fin en la eternidad.

La fiesta del Papa evoca la visión romana que grava en nuestros corazones esa armonía en la paz, que S. S. Pío XI ha tratado en el último Año Santo de establecer como recapitulación de su obra magnífica.

Ella nos dice que la armonía del mundo sólo se halla en la aceptación de las enseñanzas que de ahí brotan, ella nos habla en su solidez magnífica de esa institución que permanece intacta mientras que el orbe gira, ella nos invita bajo su bóveda donde parecen vibrar perennemente las aclamaciones de "*hinc maneo*", (12) a buscar en el Reino de Cristo el luminoso camino de la paz.

La paz es una flor del alma, del alma que bajo el gobierno de Dios plasma con sus íntimas fuerzas la historia.

Esa paz otorgada por Cristo y predicada por Pablo, la que anunciaron Francisco de Asís y Bernardino de Siena a la Italia de su siglo, la paz predicada por Benedicto XV al mundo ensangrentado por la guerra, es la que Pío XI proclama ante el mundo como ley de suprema armonía: la paz de Cristo en el reino de Cristo.

La inmensa cúpula que domina la ciudad eterna, meta de todas las peregrinaciones humanas, transmite en su inmensa mole el mensaje de paz de Pío XI.

Ella también nos recuerda que no hay otra paz posible que esta paz de Cristo en su reino, que es la Iglesia, esta Iglesia que surge radiante de gloria por la majestad de los siglos y que sobre las ondas de los tiempos nuevos, al viento de las nuevas tempestades despliega segura las velas de su mística nave que boga hacia lo alto, dando siempre a las generaciones su secreto de la armonía en la paz.

(12) Tr.: "aquí permanezco".



LA PAZ POR MEDIO DE MARIA (1)
(28-IV-1939)

Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XII, en carta que dirige el Eminentísimo Cardenal Secretario de Estado, manifiesta sus deseos de que durante el próximo mes de Mayo los Católicos del mundo entero, y especialmente los niños, eleven sus plegarias al Altísimo, para alcanzar para la sociedad actual el don inapreciable de la paz.

Toda la obra de Cristo y de la Iglesia, que continúa su acción, ha sido y es predicar entre los hombres el reino de la verdadera paz. Pero la paz, al decir de San Agustín, es la "tranquilidad en el orden" (2) y en consecuencia debe estar cimentada en la justicia y en la caridad.

El advenimiento de un orden nuevo cimentado en la justicia social y en los lazos de la fraterna caridad es lo que la Iglesia anhela para este mundo convulsionado, que cada día corre más precipitadamente hacia el abismo. Para alcanzar esa paz fruto de la justicia, ella recuerda constantemente en las inmortales Encíclicas de sus Pontífices las bases sobre las cuales debe cimentarse el edificio social, defiende la dignidad de la persona humana atacada por modernas doctrinas y lucha con todas sus energías para restablecer entre los hombres esa solidaridad sincera y profunda que nace del concepto de la fraternidad cristiana.



"La paz y la justicia se han dado un ósculo".

Pero a pesar de esta acción pacificadora de la Iglesia, el mundo parece alejarse cada día más de la paz verdadera. El Pontífice actual, Vicario de Aquél que los Profetas anunciaron como "Príncipe de la Paz" (3) ha contemplado el espectáculo trágico de una humanidad desquiciada sobre la cual flota constantemente la amenaza de la guerra y ha querido que en este

(1) Circular.

(2) *Ciudad de Dios*, XIX, 13.

(3) *Is.* 9, 6.

mes de Mayo, por intercesión de María "Reina de la Paz" se realice en el mundo una cruzada de oraciones para alcanzar del cielo tan precioso don.

De un modo especial desea que tomen parte en ella los niños, de cuyos labios inocentes brota la perfecta súplica que pide al cielo esa "paz de Cristo en el Reino de Cristo", por la cual tanto trabaja la Iglesia.

Para dar cumplimiento a estos deseos de Nuestro Amadísimo Padre Pío XII, venimos en disponer lo siguiente:

1) Durante el mes de Mayo se rezará en forma solemne en todas las Parroquias, Iglesias y Conventos el Santo Rosario para alcanzar por medio de María Santísima la paz de la humanidad, impartándose después la Bendición con el Santísimo Sacramento. Los párrocos y rectores de Iglesias pondrán especial empeño en hacer que el mayor número de fieles asista a esta distribución.

2) En las Escuelas Católicas, Catecismos, Cruzada Eucarística y demás obras de formación cristiana de la niñez, se promoverá con igual fin el llamado "Rosario de los niños", que consiste en el rezo de una decena del Santo Rosario.

3) El jueves 18 de Mayo, fiesta de la Ascensión del Señor, se celebrará en todas las Parroquias una solemne comunión de niños y el Domingo 28, fiesta de Pentecostés, una solemne comunión de adultos, por el fin indicado.

4) Los Centros de Acción Católica, bajo la dirección de sus respectivos Párrocos se encargarán especialmente de la organización de estos dos actos.

5) Los párrocos, rectores de Iglesias, directores de Colegios, Escuelas y Asilos Católicos, darán cuenta por escrito a esta Curia Episcopal, antes del 10 de Junio, de la forma como se ha cumplido lo prescrito en esta Circular, indicando el número de comuniones y demás actos realizados, los cuales serán transmitidos al Santo Padre, como expresión de la docilidad y amor que le profesan sus hijos de esta Diócesis.

—:::—

O R A C I O N P O R L A P A Z (1) (10-IX-1939)

Amados hijos:

Los temores de una nueva guerra mundial comienzan a convertirse en realidad. Los acontecimientos europeos de los últimos días muestran la vertiginosa pendiente por donde amenaza precipitarse la humanidad.

Nuestros corazones no pueden permanecer indiferentes ante tan gran tragedia. Somos discípulos de Aquél que fue anunciado como "Príncipe de la Paz", (2) sobre cuya cuna los ángeles cantaron el himno de paz para "todos los hombres de buena voluntad", cuyo saludo cariñoso símbolo de su doctrina fue el de "la paz sea con vosotros" y cuyo Evangelio fue ante

(1) Circular.

(2) Is. 9, 6.

todo un mensaje de pacificación de los espíritus para lograr realizar de este modo la verdadera fraternidad humana que predicaba.

Somos, por el hecho de pertenecer a Cristo, hijos de la Iglesia Católica, madre cariñosa que nos engendra y alimenta en la vida sobrenatural de la gracia y esa Iglesia no ha hecho otra cosa al través de su historia que repetir las palabras de paz de su Divino Fundador. Cuando estalló la gran tragedia de 1914 el corazón paternal de Pío X no pudo resistir tal amargura y murió de dolor pensando en la desgracia de tantos hijos suyos. Su sucesor, el Papa Benedicto XV, en medio de la terrible guerra apareció por sus iniciativas y desvelos como el ángel de la paz. Su Santidad Pío XI, en los dolores de su enfermedad, ofrendaba a Dios su vida para lograr la paz del mundo y el actual Pontífice, en los cortos meses de su gobierno, parece casi únicamente concentrarse en realizar la divisa de su escudo: "la paz ha de ser obra de la Justicia", "Opus justitiae, pax". (3).

Debemos pedir al Dios de las misericordias aparte de la humanidad tan terrible castigo. Debemos con nuestras plegarias y sacrificios alcanzar del cielo para este pobre mundo desgraciado, el don precioso de la verdadera y estable paz. Debemos pedir luz para que los individuos y pueblos comprendan que cuando se borra del espíritu la fe de Dios y se arranca del corazón la caridad, queda el hombre entregado únicamente a los ciegos instintos que lo hace ser un lobo para el hombre con olvido completo de esa dulce "praternidad" que nace de la común paternidad de Dios.

Es deber de todos los católicos orar incesantemente por la paz. La oración en estos instantes debe ser la gran arma mediante la cual obten-gamos para el mundo moderno la "tranquilidad en el orden" (4) como bellamente definió San Agustín la paz.

Que el Dios de paz y de amor sea siempre con nosotros, (5) que Cristo, "nuestra paz" (6), os haga gustar esa paz de Dios que "supera a todo sentimiento" (7) y que ella os lleve a implorar y a trabajar por la paz de Cristo en el reino de Cristo, que constituye la gran labor que debemos realizar los cristianos en nuestra época.

Con este fiel deseo venimos en disponer lo siguiente:

1) Los sacerdotes recitarán en la Santa Misa hasta nuevo aviso la colecta de la Misa votiva "pro pace". (8);

2) Las religiosas rezarán diariamente las letanías de los santos;

3) Invitamos a todos los fieles y muy especialmente a los miembros de la Acción Católica a asistir en las tardes a las parroquias al rezo del Santo Rosario que se hará por esta intención.

Dado en Talca, a 3 de Septiembre de 1939.

(3) *Sl.* 84, 11.

(4) *Ciudad de Dios*, XIX, 13.

(5) *2 Co.* 13, 11.

(6) *Ef.* 11, 14.

(7) *Flp.* 4, 7.

(8) Tr.: "por la paz".

SUPPLICAS POR LA PAZ DEL MUNDO Y POR LA PATRIA (1)
(2-VII-1940)

Amados hijos:

El mundo contempla consternado la horrible guerra que en los momentos actuales ensangrienta los campos de Europa.

Si bajo el punto de vista humano es desolador el ver tanta sangre y dolor acumulados, bajo el punto de vista sobrenatural es más penoso aún presenciar el olvido de la fraternidad cristiana, en la cual debieran unirse los hijos del Padre común de los cielos.

Es en estas circunstancias cuando con mayor fuerza debemos acudir al arma omnipotente de la oración.

Jesús nos ha asegurado que "todo lo que pidiésemos en su nombre nos lo concedería". (2). La oración, como hermosamente se ha dicho, "es la fuerza del hombre y la debilidad de Dios".

Pero junto a esta oración por la paz del mundo debemos unir nuestras plegarias por la Patria. Graves problemas debe afrontar; la desunión creciente entre sus hijos se cierne sobre ella. Sólo la oración intensa y fervorosa puede sanar tan hondas llagas.

Tenemos, en medio de tantos problemas, una firme esperanza: la devoción a María Santísima del Carmelo. Ella desde los comienzos de nuestra historia patria ha aparecido como la decidida abogada y protectora de esta tierra. Ella ha sido coronada como Reina del Ejército y pueblo chileno. Su nombre está grabado en el corazón de cada uno de sus hijos.

Debemos acudir a su protección con la inquebrantable confianza de ser oídos.

Venimos en consecuencia en disponer lo siguiente:

1) Celébrese en todas las parroquias, templos, comunidades y colegios con especial solemnidad a partir del 7 del presente, la Novena de Nuestra Señora del Carmen, para rogar por la paz del mundo y por Chile;

2) Organícese en todos los templos en esta misma Novena el Rosario perpetuo, a fin que durante el día entero haya turnos de rezo del Santo Rosario por las intenciones indicadas.

3) El Día de Nuestra Señora del Carmen, o si es posible, el Domingo siguiente promuévase por los fines señalados una Comunión General de los fieles.

4) El día de la Santísima Virgen del Carmen se celebrará en esta ciudad de Talca "la jornada de ruegos por la paz del mundo y por la patria". Con este objeto se expondrá el Santísimo Sacramento en la Iglesia Parroquial del Sagrario y se organizarán durante el día turnos de adoración. Encomendamos a la Acción Católica la organización de esta jornada. Pedimos que en todos los pueblos de la Diócesis se haga algo semejante.

(1) Circular.
(2) Jn. 15, 7.

LA PAZ DEL ALMA (1)

(5-XI-1950)

Al golpear Dante Alighieri las puertas del convento franciscano de Ravena en demanda de hospitalización, sólo respondió una palabra al portero que preguntaba "¿Qué buscas?" Paz.

Si preguntáramos a nuestro inquieto siglo XX cuál es su aspiración más profunda, recibiríamos la misma respuesta del poeta florentino: *Paz*.

No la ha hayado en las mil fórmulas en que han querido brindársela. Y es en el fondo de ese tormento espiritual donde está la ausencia de Dios y el eco del grito de Agustín: "*Nos hiciste, Señor, para tí y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en tí*". (2).

Para que la humanidad tenga paz es necesario que cada hombre la tenga en su interior. Falta paz interior y por eso no hay paz social.

Y para que exista paz interior es menester que el hombre se enfrente consigo mismo. El profeta Oseas exclamaba: "*La tierra está desolada porque no hay nadie que medite en lo íntimo de su corazón*". (3).

El Año Santo del "*gran retorno y del gran perdón*" se acerca a su término.

Y como un llamado de paz, hoy se inicia en diez templos de la ciudad la Gran Misión del Año Santo.

Será como una gran voz que nos habla de nuestros anhelos, de nuestras esperanzas, de nuestros dolores.

Será como un repetirse de la palabra de Cristo, que nos dice: "*Venid a mí todos los que estáis cargados con el peso de la vida y yo os aliviaré*". (4).

Heraldo de esta voz, será como siempre María, la madre querida cuyo mes se inicia el siete y cuya imagen venerada recibiremos gozosos en la mañana de hoy.

Vuestro Obispo quiere tomar parte en esta búsqueda afanosa de paz. Y por esto a partir de hoy, a las 9,45 P. M. predicaré en el templo de San Juan de Dios.

Las conferencias que responden a este pensamiento se titularán "*La paz del alma*". Radio Lircay con su gentileza de siempre las transmitirá a fin que los que no pueden asistir al templo, la sigan por radio. Después de ellas, a partir del martes, se rezará el "*Mes de María*".

En esta semana de hondo contenido espiritual que se inicia con la llegada de la Virgen del Carmen de Maipú y el comienzo de la gran misión del Año Santo y que se clausurará el Domingo 12 con la gran Procesión de la Santísima Virgen del Carmen, yo me permito invitar a todos a oír la voz del Señor que nos llama.

Como el poeta peregrino buscaremos la paz.

Acerquémonos a aquél que dijo: "*Mi paz os dejo, mi paz os doy, pero no como os la da el mundo*". (5).

(1) *D. M.*, p. 3.

(2) *Confesiones*, 1, 1.

(3) *Jr.* 12, 11.

(4) *Mt.* 11, 28.

(5) *Jn.* 14, 27.

A PROPOSITO DE LA GUERRA PREVENTIVA, RESPUESTA AL
DIPUTADO DONOSO VERGARA (1)
(31-XII-1951)

Mi apreciado amigo, el diputado liberal por Talca, don Guillermo Donoso, ha creído conveniente el referirse por la prensa a una declaración del Excmo. Mons. Alfredo Ancel, (2) Obispo auxiliar de Lyon, sobre la guerra preventiva, y a una predicación escuchada en un templo en domingo anteriores sobre el mismo tema.

Es inútil que mi estimado amigo pretenda, ocultar que se refiere a una predicación, ya que dos de sus frases son tan claras que el lector menos perspicaz lo comprende: "una tribuna que por su alta jerarquía moral", dice primero; "recinto en que nos encontrábamos cumpliendo ineludibles deberes de conciencia", añade después. Esto se traduce en buen romance por predicación en templo. Así lo hemos entendido todos. Así lo he entendido yo también. Y por eso creo de mi deber el escribir estas líneas.

En primer lugar sentemos dos principios que un católico debe tener presentes; el católico va al templo a escuchar la enseñanza que la Iglesia docente le da en la predicación. El templo y el Parlamento son dos cosas muy diversas. En el segundo, se puede y se debe discutir. En el primero, no. Por tanto, podría haber estado tranquilo el Sr. Donoso Vergara, de no incurrir como dice "en la complicidad de nuestro silencio", si hubiera omitido lanzar a la prensa las objeciones que le merecía "esa tribuna de alta jerarquía moral" a la cual se refiere en su artículo; además, y esto conviene acentuarlo, si un católico cree que la doctrina predicada en el templo, o no es exacta, o adolece de defecto en su expresión, tiene un camino muy claro que seguir: ir donde la Autoridad Eclesiástica, exponerle el hecho, pedirle una investigación y aceptar confiado su veredicto. No ha sido este el camino escogido por el amigo diputado, que sin dirigirse a quien desempeña el cargo como Obispo y que siempre lo ha distinguido con su afectuosa consideración, ha preferido lanzar a las columnas de la prensa lo que debió ser tratado en la forma que su calidad de católico exigía.

Soy yo quien siente que "incurriría en la complicidad de mi silencio" si como Obispo de la Diócesis no levantara mi protesta serena y firme contra lo que considero un ataque a la independencia de la cátedra sagrada y un olvido lamentable de los deberes elementales que un católico debe a las Autoridades Eclesiásticas.

Paso en seguida, a las declaraciones del Excmo. Mons. Ancel. Tiene plena razón el Sr. Donoso Vergara cuando dice que, el por muchos títulos eminente Prelado francés no ha atacado la política internacional de los Estados Unidos. No es esa su misión, ni era el fin de su declaración. Lo que el Excmo. Sr. Ancel ha atacado a la luz perenne de la doctrina de la Iglesia, es la tesis errónea sostenida por no pocos católicos, de ver en la guerra preventiva, el medio para combatir el comunismo, y para hacerlo, ha re-

(1) *D. M.*, p. 3.

(2) Alfredo Ancel, Mons.: Nació el 22-X-1898. Llegó a ser Superior General de los Sacerdotes del Prado Obispo desde 1947.

cordado principios, que todo católico medianamente ilustrado en su religión debe conocer, a saber, que si bien la guerra defensiva es lícita y hasta obligatoria, en cambio la preventiva —atacar primero por temor a una posible agresión— no es permitida ni ante la moral individual ni ante la social.

Debo decir a mi estimado amigo Guillermo Donoso que éstas “no son discusiones académicas para los que estudian los fundamentos de la moral internacional”, son principios claros y perentorios de moral, que la Iglesia tiene el deber de enseñar y los fieles obligación de obedecer, y como el Excmo. Sr. Ansel lo dice, no los enuncia porque Estados Unidos o Francia piensen o no ir a la guerra preventiva, sino para rectificar la conciencia de los que ven en esa guerra un medio para impedir el crecimiento del comunismo.

Yo supongo que mi apreciado amigo no irá a caer en el error tan difundido en el siglo pasado de afirmar que la religión es solamente un asunto de conciencia privada que nada tiene que ver con la vida pública y social.

Al Sr. Donoso Vergara le parecen exageradas las conclusiones de Mons. Ansel. Lamento disentir con él nuevamente. Si se aplica las reglas claras de la lógica se verá que las conclusiones del Prelado francés son la consecuencia natural y necesaria de las premisas antes establecidas. Ahora bien, si al Sr. Donoso le parecen verdaderas las premisas tiene forzosamente que aceptar las conclusiones de ellas.

Por lo demás, me permito, para tranquilidad del Sr. Donoso, decirle que no tema a la lógica del Excmo. Mons. Ansel. Lo conozco desde los años lejanos de mi juventud cuando fue el alumno más distinguido de la Universidad Gregoriana, mereciendo la distinción de rendir los exámenes de doctorado en Teología ante S. S. Pío XI. Puedo añadirle, por referencia recogida en varios países europeos, que Mons. Ansel es considerado como una de las primeras cabezas del por muchos títulos considerado sobresaliente Episcopado francés. Hace apenas dos meses hice viaje especial a entrevistarme con él, y pude una vez más admirar la claridad de su mente, el vigor de su raciocinio y el prestigio que dentro y fuera de su país goza.

Mi estimado amigo podrá tener una gran competencia parlamentaria que no discuto, pero, le ruego no lo tome a mal, no lo considero capacitado en materia filosófica y teológica para enfrentarse con una de las figuras más altas del catolicismo mundial, como es el Excmo. Mons. Alfredo Ansel.

Debo terminar esta, por muchos títulos, ingrata publicación, y debo hacerlo hablando, muy a mi pesar, de mi persona.

Llevo cerca de 14 años en Talca. En este período ya largo de tiempo, debo por primera vez escribir un artículo de esta especie, y debo hacerlo no contra una persona adversa a las creencias por las cuales trabajo, sino en respuesta a un católico. Triste y sintomático caso que ofrece margen a hondas meditaciones.

En estos 13 años, se me ha criticado más de una vez sin datos suficientes de juicio. Mi estimado amigo Guillermo Donoso conoce, y de cerca, más de una de esas críticas. Guardé entonces silencio, y lo seguiré guardando en el futuro.

Se trataba de mi persona, y el defenderme hubiera podido ser fruto del amor propio herido o de otros sentimientos menos puros.

Pero hoy se trata de la cátedra sagrada, de la libertad de predicación y del respeto que se le debe a ella. Hoy se trata de un católico prestigioso que quiere atacar a uno de mis sacerdotes.

Y por la defensa de mi Clero, por la defensa de un joven sacerdote extranjero que ha dejado su patria y su madre para darnos las energías apostólicas que muchas familias católicas no dan a la Iglesia, en defensa del atropello que envuelve hacia la Autoridad Eclesiástica al censurar en público lo que debía tratarse en privado con ella, escribo estas líneas.

No tuve la satisfacción de ver al Sr. Diputado en la inauguración de la Catedral, y tuve el sentimiento de comprobar que fue el único parlamentario de la provincia que ni siquiera adhirió a los actos con que Talca celebró los 25 primeros años de vida de su Obispado y recibió la primera visita del Cardenal Primado de Chile.

Hoy recibo de él el ataque lanzado por las columnas de la prensa. Porque entiéndase bien, quien ataca a mi Clero, me ataca a mí.

Yo le agradezco al Sr. Donoso Vergara, tan ligado a la tradición de Talca, la forma como responde a lo que modestamente he hecho por la ciudad de sus mayores.

Para un sacerdote, la Cruz es el mejor sello de aprobación divina de su obra y la moneda de pago que más aprecia.

—:—

LA GUERRA PREVENTIVA

POLEMICA CON EL DIPUTADO GUILLERMO DONOSO VERGARA (1)

(3-I-1952)

La misión de Pastor tiene no pocas amarguras.

Y una de ellas, es el tener a veces que contradecir con firmeza a personas que altamente se aprecia.

Tal me ha sucedido con mi estimado amigo el Diputado Guillermo Donoso Vergara.

Creí un deber de mi cargo el responder su artículo del domingo pasado.

Y lo hice a pesar del sacrificio que me significaba.

Siempre he procurado, y espero no apartarme jamás de esa línea, que el cumplimiento del deber pase antes que los sentimientos de amistad por mucho dolor que el tomar esa actitud me signifique.

En mi oído sigue resonando con claridad, la plegaria que la Iglesia imploró para el nuevo Obispo el día de mi Consagración Episcopal: "que

(1) *D. M.*, p. 3.

Continuación de publicación de p. 245.

ame la verdad y que jamás la deje, vencido ni por el temor o la alabanza".

Los que no saben el caudal de afecto sobrenatural que encierra el corazón de un Obispo, difícilmente comprenderán, quizás, estas líneas.

Alguien me dijo que en mi artículo había sido duro. No lo he pretendido ni deseado. La firmeza y la dureza son cosas muy diferentes. Pero, si alguna frase o expresión, traicionando mi deseo, ha podido aparecer dura, yo le ruego a Guillermo Donoso, sepa que esta no ha sido mi intención.

Con Petrarca puedo repetir tranquilo su célebre verso: "amor mi muove che mi fa parlare". (2).

Pero, si el cargo de Pastor tiene amarguras también procura consuelos.

Y uno de ellos es el ver la caballerosidad y el espíritu cristiano triunfando sobre los sentimientos personales.

Es el caso del artículo de anteayer del diputado Donoso.

Lo censuré por el primero. Lo felicito por el segundo.

El valor moral de un hombre se ve en actitudes como éstas.

El quiso titular su artículo con la expresión "Al Pastor de la Iglesia toda mi obediencia".

Yo termino éste con otra frase no menos sincera: "al caballeroso cristiano toda mi estimación y respeto".

— :: —

(2) Tr.: "me mueve el amor que me hace hablar".